

El asunto de la bóveda

Por Diana Napolitano

Todo comenzó cuando murió tío Pedro, el último de mis tíos. Solo nos veíamos la cara cuando alguien moría, todos muy serios y distantes, en la capilla de Chacarita, para encaminarnos a la bóveda familiar y allí dar por terminado el encuentro, hasta el próximo muerto, pues casamientos ya casi no había.

El problema más grave era González, miembro activo de la mafia de los “cuidadores de bóvedas”. Este conflicto se arrastraba desde 1960, pero en ése tiempo todos éramos muy chicos. Ahora, con la partida del último mayor, había que reunirse para tratar de dialogar y llegar a un acuerdo.

De los veintitrés nietos de Enzo Calabresse, solo cuatro decidimos asumir la responsabilidad, obligados por las circunstancias y sin nada de ganas de hacerlo. Cuando abuelo falleció en 1951, dejó ocho familias” bien constituidas” y a partir de 1980 se borraron cuatro, por distintas razones, por supuesto llevándose sus muertos, cosa que nos dejó una rara sensación y más lugar en los estantes, lo que nos permitía colocar más muertos... aunque era limitado, pues el abuelo dejó algunas cláusulas internas. Por ejemplo: no se podían depositar muertos que no fuesen de la familia de sangre, solo esposas o esposos. Por lo tanto la bóveda era una especie de elite, destinada a obligarnos a vernos las caras o los huesos, nos gustara o no, por largo tiempo pues el contrato era a perpetuidad... Palabra que me suena horrible, es un encadenamiento “in eternum”.

El tema de la reunión, era para que cada uno de los cuatro descendientes a cargo, en caso de muerte, dejase un familiar que siguiera cargando con los gastos y otras yerbas. Cosa difícil, pues las edades de ellos eran entre veinte y treinta años. Así que el asunto de la bóveda era todo un problema, terriblemente estúpido, mientras los ataúdes de a poco iban sumándose. ¿Qué hacer?

Les voy a contar algunas cosas de ella, para que la vean más simpática o desde otro ángulo. Está ubicada a una cuadra de la de Gardel, en una esquina. Es una linda callecita, con pinos. Cruzando, está la de Celedonio Flores, con estatua y todo. ¿Recuerdan el tango “Mano a Mano”? “...pa ayudarte en lo que pueda, cuando llegue la ocasión”. Son del finado esas estrofas, que te hacen sentir bien en un lugar tan deprimente.

Consta de planta baja a la que entras pasando una puerta de bronce guardada por dos ángeles armados de espadas, y ahí nomás te das de frente con un sobrio altar de mármol. Debajo el abuelo y mas abajo la abuela. En ésa planta hay floreros por todos lados, placas de bronce recordatorias y un banco de mármol que me trae recuerdos de mi infancia cuando abuela nos llevaba a mi hermana y a mi los domingos, a visitar a los muertos y pasaba una hora contándole al abuelo Enzo las novedades de la familia.

Yo tenía la sensación que desde el cajón el abuelo seguía dirigiendo a la familia.

El piso de abajo, o sea el primer subsuelo está casi lleno, así que calculo que a los primos nos tocará el segundo subsuelo, al que no llega la luz y menos el aire... ¿Para qué? Si nadie va a respirar!. Pienso en lo irónico de compartir una habitación y las

posibles visitas, cuando casi no nos vemos en vida. ¡Las leyes de la “tanada” son inmutables!

Estoy escribiendo esto en un café de Avenida Córdoba, acaba de terminar la reunión de los cuatro, en el estudio de la prima Marta. No lo van a creer, pero estuvimos tres horas hablando de la bóveda.

Les cuento que el primo Tito dijo varias pavadas y la prima Elsa se empezó a sentir mal. Resulta que Tito no quería pagar y trató de enmarañarlo todo sacando a relucir antiguos rencores familiares.

Yo sentía que la presión me estaba subiendo de a poquito y cuando Tito dijo claramente que no pensaba pagar nada y menos al cuidador y que él iba a limpiar la bóveda, la prima Elsa, se levantó y se fue.

Yo, sacando ánimo de no se donde, traté de llegar a un acuerdo que aceptaron sin ganas.

Dividiríamos el año en cuatro y cada uno sería responsable de tres meses, pagaríamos los impuestos juntos a fin de año.

¡No da para más!

Siento urgencia por hacer algo, no puedo esperar mi muerte y dejar éste lastre a mis sobrinos. ¡Algo se me va a ocurrir! Va a ser pronto y lo voy a llevar a cabo.

Pero les cuento para que sepan, que ni pienso tener la desgracia de continuar con el “asunto de la bóveda”, en la oscuridad del segundo subsuelo, desde uno de los fríos estantes y escuchar las estupideces que puedan decir los huesos del primo Tito a mis huesos.

¡Eso jamás!

.....